

restituido todo á las ciudades despojadas, y dando gracias á los mandatarios por el buen espíritu que éstas en su favor habian manifestado, y ofreciéndoles su proteccion, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde allí pasó César á Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros estraidos por Varron, y promulgó varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró á todos sus habitantes ciudadanos romanos, distincion en aquel tiempo muy envidiada. Asi Cádiz, ciudad romana casi desde la espulsion de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio ⁽¹⁾.

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construida por Varron, dejando por gobernadores de España á Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenía enemiga, despues de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Lucano, y de regreso á Roma fué nombrado dictador.

(1) Flor. lib. IV.—Dion. Cass. Oros. lib. VI.—Cæsar, de Bell. XLI.—Plut. in Vitt. Cæsar.—Civ. lib. II.

CAPITULO VI.

CESAR Y LOS POMPEYOS.

Desde 48 antes de J. C. hasta 44.

Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que César triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.—En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César.—Despoja el templo de Hércules.—Vuelve á Roma.—Es nombrado emperador y dictador perpétuo.—Le erigen altares.—Reforma la administracion y las leyes.—Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil.

Tan encarnada estaba la codicia en los corazones de los romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesion del gobierno de la Bética, olvidando la reciente leccion que César habia dado á Varron en Córdoba, comenzó á ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y extorsiones de todo género, que ya no solo á los españoles, sino á los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos

y otros se conjuraron para deshacerse de él. Lucio Racilio, con pretexto de entregarle un memorial, le dió de puñaladas; pero no murió; y habiendo uno de los conjurados á fuerza de tormentos declarado sus cómplices, solo algunos pudieron salvar la vida á costa de grandes sumas de dinero. Ni por eso varió Casio de conducta. Nuevos actos de rapacidad y de tiranía excitaron la indignacion general. El pueblo y la guarnicion de Córdoba se alzaron contra él. Las tropas que debian embarcarse para Africa á reforzar el ejército de César se revolucionaron igualmente y se dirigieron á Córdoba á unirse á los sublevados. Acampados fuera de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer á Casio por pretor, y aclamaron á Marcelo, oficial de mérito distinguido.

Casio Longino por su parte pide socorros á Lépido, pretor de la Tarraconense, y á Boyud, rey de la Mauritania. Cuando Llegó Lépido y se informó de la verdadera causa de la insurreccion, como hombre que se estimaba en algo á sí mismo abandonó á Casio y se puso del lado de los cordobeses. Por un resto de consideracion hácia su colega, le aconsejó que huyera si no queria perecer, y Casio hubo de seguir tan prudente consejo. En este tiempo espiró el término de su pretura, y no atreviéndose á ir á Roma por tierra, temeroso de atravesar unas provincias donde tan justo horror inspiraba su nombre, se embarcó en Málaga y siguió la costa hasta el Ebro. Una furiosa tempestad

que se levantó á la boca de este rio, hizo que se tragaran las olas al ávido pretor y al fruto de sus rapiñas. Desastroso fin, no sentido ni de romanos ni de españoles: la pérdida de aqueilas riquezas fué lo único que sintieron.

Entretanto continuaba en otra parte la lucha entre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban á costa de la humanidad el imperio del mundo. La famosa batalla de Farsalia que dió argumento y título al poeta Lucano para su epopeya, decidió la gran querella en favor de César. Derrotado en ella todo el ejército de Pompeyo, vióse él mismo obligado á buscar su salvación en la fuga. Condújose César en aquella batalla memorable con generosidad no muy acostumbrada en los guerreros. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca de su correspondencia, la mandó quemar toda sin leerla. No quiso saber quienes eran sus enemigos. En esto imitó lo que Pompeyo habia hecho con las cartas de Sertorio. Todos los grandes hombres tienen algunas virtudes comunes. Dícese tambien, que al reconocer el campo de batalla se entristeció, y aun lloró á la vista de tantos cadáveres enemigos, y que solo se consoló diciendo: «¡ellos lo han querido así!»

Desgraciado fué el fin del Gran Pompeyo, como casi el de todos los guerreros insignes. Fugitivo de Farsalia, fué llevado por su mala estrella á Egipto, cuyo rey habia sido su pupilo, y cuyo padre habia

recibido muchos beneficios de Pompeyo. Y sin embargo, aquel ingrato rey le hizo asesinar traidoramente por hacerse buen lugar para con César; el cual cuando llegó á Egipto y le fué presentada la cabeza de su rival, derramó también lágrimas, y reprobando la traición mandó hacer solemnes exéquias á los despojos mortales del que había sido su enemigo mas terrible, pero también en otro tiempo su amigo, pariente y aliado.

Detuvieron á César en Egipto los afamados amores de Cleopatra, y cuando al cabo de ocho meses se desprendió de las delicias de Alejandría, de vuelta á Roma venció de paso á Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y á Deyotaro, rey de Armenia. Esta guerra fué la que contó á sus amigos con aquellas palabras que tan famosas se hicieron, y que los siglos no olvidarán: *veni, vidi, vici*: llegué, ví y vencí. Vuelto á Roma, fué nombrado tercera vez cónsul y tercera vez dictador. En esto estalló de nuevo la guerra de Africa. Movíanla los partidarios de Pompeyo, Escipion, Lavieno, Catón y Juba, rey de la Mauritania. César fué y la terminó en seis meses: y declarando la Mauritania y la Numidia provincias romanas, y mandando reedificar á Cartago, volvióse á Italia. A pesar de tantas victorias, César no había tenido espacio todavía para recibir los honores triunfales. Entonces los recibió todos á un tiempo, y se prolongó su dictadura por diez años.

El mundo se hallaba ya como reposando de las sangrientas luchas que por tantos años le habían conmovido. España era el país que el genio fatal de la guerra no se había cansado aun de trabajar. Había sido la primera y tenía que ser la última en sufrir las calamidades de la contienda entre César y Pompeyo. Los hijos de éste, Cneo y Sexto, que habían heredado el genio belicoso de su padre, hicieron un llamamiento general á todos sus amigos de Europa, Asia y Africa, y resueltos á tentar un vigoroso esfuerzo contra el enemigo de su familia y de su nombre, vinieron ambos á España, Cneo con un ejército de tierra; con una armada Sexto su hermano. Comprendió César toda la importancia de esta nueva guerra, porque la pérdida de España le hubiera hecho todavía caer del solio de gloria que ocupaba ya.

Vino, pues, César por cuarta vez á España con su acostumbrada celeridad. A su arribo, las ciudades de la costa oriental se declararon á favor de su causa, como antes lo había hecho toda la España Citerior. Reunió apresuradamente sus tropas en Sagunto, y á marchas forzadas se puso sobre Obulco (Porcuna). La instantánea aparición de César desconcertó á los dos hermanos, que se hallaban, Sexto en Córdoba, Cneo sitiando á Ulia (Montemayor). La prodigiosa actividad del enemigo ni siquiera les había dado tiempo para aparejarse convenientemente á la defensa. Para colmo de su desgracia la flota de César mandada por Didio

acababa de batir la de los Pompeyos en las aguas de Carteya.

Cruda y sanguinaria fué esta guerra, acaso mas que ninguna otra de los romanos en España. Los sitios de Ategua y de Ucubi no ofrecerian sino un relato de horrores y de bárbaras venganzas que harian estremecer, ejecutadas principalmente por los gefes y soldados pompeyanos en los que se mostraban inclinados á César, de quien no habian querido los Pompeyos aceptar la batalla que les ofrecia en Ullia y en Córdoba. César se mostró mas humano con los rendidos. En cambio en el sitio de Munda excedió á todos y se excedió á sí mismo en crueldad. ¡Triste y fatal profesion la de las armas, que no ha de haber con ellas gloria sin ir acompañada de lágrimas y sangre, si gloria verdadera es para el hombre la que á costa de la sangre y de las lágrimas de tantos millares de semejantes suyos adquiere!

Alzado el sitio de Ucubi, situóse el ejército de los Pompeyos hácia Aspavia, distante de allí cinco millas: pero rechazado pronto por las tropas de César y vivamente perseguido, despues de alguna incertidumbre en su marcha, situóse en una llanura que se estendia á los alrededores de Munda (4). Los dos ejércitos con-

(4) Esta ciudad, célebre por haberse decidida en su campo la lucha en que César y Pompeyo se disputaban el imperio del mundo, se ha creído mucho tiempo que fuese la actual *Monda*, en la provincia y á seis leguas de Málaga. Así lo han creído y consignado, inducidos acaso por la semejanza de los nombres, Morales, Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, á quienes generalmen-

taban con número casi igual de romanos y de españoles. Dos príncipes de la Mauritania iban tambien de auxiliares, el uno de Pompeyo, el otro de César. Pudiéramos llamar á esta guerra la guerra mas civil de cuantas con este nombre se han conocido; puesto que en ella peleaban romanos con romanos, españoles con españoles, y africanos con africanos. Ambos ejércitos se temian: un sombrío presentimiento y una ansiedad inexplicable se advertian en los combatientes de uno y otro bando al prepararse á la pelea: los mismos gefes parecian penetrados de una melancolía profunda: todos iban á aventurar su gloria futura. La ventaja de la posicion estaba por los pompeyanos, á quienes César provocaba á que descendieran de una pequeña eminencia que ocupaban. Los cesarianos tenian que cruzar un riachuelo que corria por terreno pantanoso. «El dia, dice Hircio, estaba tan brillante y tan sereno, que parecia que los dióses

te han seguido los escritores extranjeros. Ya el erudito Perez Bayer demostró que las relaciones históricas de Floro, Hircio, Suetonio, Patérculo, Dion y otros autores latinos, referentes á la batalla de *Munda*, no podian aplicarse á la actual *Monda*: él creyó que correspondian mejor á Monturque. Pero el señor don Miguel Cortés, en su *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua*, ha demostrado deber fijarse en *Montilla*, cuyo nombre pudo ser derivacion corrompida de *Mundilla*. Prescindiendo de lo mas ó menos verosímil de esta derivacion, lo que nos hace adherirnos á la opinion del señor Cortés es el ajustarse á la posicion de *Montilla* mejor que á otra poblacion alguna las circunstancias de territorio y de lugar, y las distancias respectivas de las demas poblaciones contiguas que anduvieron los romanos de uno y otro ejército antes de acampar en Munda, según los diferentes relatos de los historiadores latinos, las cuales todas convienen á *Montilla*. Habia otra *Munda* mas antigua en la Bastitania, que sonaba ya en las guerras de los Escipiones.

»inmortales le habían hecho espresamente para una batalla (1).» César fué el primero que atacó. Con inponderable encarnizamiento comenzó el combate: las voces y los gritos espantosos de los soldados acompañaban el crugir de las armas y de los escudos.

Por una singularidad especial de esta batalla cesó de repente la vocería de unos y otros, y sucedió el mas profundo silencio, de tal manera que en una muchedumbre de cien mil combatientes oíase solo el chocar de las lanzas y el ruido formidable de los aceros. Ni de una ni de otra parte se daban cuartel, ni de una parte ni de otra se perdía ni se ganaba un palmo de terreno. Las tropas de César fueron las primeras en dar señales de flaquear. César ardiendo en cólera se lanza en medio de sus soldados, los exhorta, les habla con la palabra y el ejemplo, y al ver que no alcanzaba á reaclentar su abatimiento, le asalta un instante la tentacion de atravesarse con su espada. Con-tiéndenle algunos soldados. «Pues bien, les dice; seguidmè;» y arrancando á uno de ellos el escudo, «*Aquí quiero morir,*» esclama; y se lanza espada en mano delante de todos al enemigo. A vista de esta accion todos se enardecen, y la pelea se renueva con terrible furor. De repente el príncipe africano Boyud, suponiendo mal guardados los reales de Pompeyo, los acomete; obsérvalo Labieno, uno de los gefes pompeya-

(1) Hist. de Bell. Hispan.

nos, y vuelve con su caballería á defenderlos. Esta evolucion dió á César la victoria. Creyendo que Labieno huía, entra el desórden en las filas de Pompeyo y comienzan á cejar: los cesarianos los persiguen, y al grito de victoria siembran el campo de cadáveres. Treinta mil fueron los muertos, con tres mil caballeros romanos. Jamás batalla alguna fué tan comprometida para César: él mismo confesó que en todas había peleado por la gloria, en esta por defender su vida. Cneo Pompeyo á duras penas pudo salvarse con ciento cincuenta caballos que le siguieron á Carteya; Sexto pudo refugiarse en Córdoba (46).

Como muchos de los fugitivos se hubiesen retirado á Munda, César corrió á bloquearla, decidido á acabar con los restos de aquel grande ejército. Allí fué donde desplegó César una fiereza y una barbarie que estremece. Los treinta mil cadáveres del campo de batalla, decapitados y atravesados con sus mismas lanzas, sirvieron para hacer una trinchera en derredor de la ciudad; las cabezas clavadas en las picas las enseñaban á los sitiados..... horroriza tanta ferocidad! Los sitiados despues de una heróica resistencia, perecieron todos. Munda, yerma de defensores, pasó á poder del vencedor.

Cneo Pompeyo se dió á la vela desde Carteya en busca de asilo en alguna comarca apartada. César destacó en su seguimiento á Didio y Cesonio, que alcanzando la flotilla enemiga quemaron unas naves y

destruyeron otras. Cneo, que iba herido, pudo tomar tierra y ocultarse en una gruta, donde descubierto por un soldado perdió la vida. Cesonio tuvo el odioso placer de presentar su cabeza á César, que no permitió se expusiera al público. Así pereció Cneo Pompeyo, que pocos días antes había hecho balancear el poder de César, y que estuvo á punto de ser dueño de España y de toda la república.

Sexto su hermano, previendo que no tardaría en ser atacado en Córdoba, salió de la ciudad so pretexto de tratar en persona con César, y se refugió al centro de la Celtiberia. El temor de Sexto era bien fundado. No tardó César en ponerse sobre la ciudad: los partidarios de Pompeyo temblaron, y también temblaron con razón; porque no era ya César aquel hombre humanitario y generoso de antes, sino un César desapiadado y cruel. Cambió de carácter como Sertorio al acercarse el término de su vida. Conociendo esto mismo un tal Escápula, resuelto á no caer vivo en manos del vencedor, dispuso un convite entre sus parientes y amigos al que asistió él lujosamente vestido y perfumado. Después de haber distribuido sus riquezas entre los comensales, y haciendo encender una hoguera, mandó á uno de sus criados que le atravesara el pecho, y á otro que le arrojara en las llamas. ¡Serenidad bárbara y fiera! Los criados le dieron el feroz placer que apetecía. Este hecho acrecentó la discordia que ya reinaba dentro de la ciudad:

unos opinaban por entregarse á César, otros por defenderse hasta el último trance: á horribles escenas dieron lugar los desórdenes interiores. A favor de la confusión y llamado por sus partidarios entró César en la ciudad, dentro de la cual tuvo todavía que combatir: mató, degolló, incendió y saqueó; mas de veinte mil ciudadanos se dice que perecieron en aquella población predilecta de César, donde él mismo poseía casas y jardines de recreo. Allí plantó por su mano el famoso plátano que celebró la musa hispano-romana de Marcial (4).

Dividida igualmente Sevilla en dos bandos, los unos llamaron á César, los otros á los lusitanos que se conservaban parciales de los Pompeyos. Primero lograron estos una sorpresa sobre las tropas de César; después fueron á su vez acuchillados por la caballería cesariana, y el vencedor de Pompeyo tomó posesión de la ciudad. Grande importancia debió darse en Roma á la conquista de Sevilla cuando se celebró con fiestas públicas y se escribió en el calendario romano. Acaso se la quiso solemnizar como la última conquista de César en la península. Y éralo en rigor, porque Osuna y alguna otra ciudad de la Bética que restaban, fueron ya sometidas sin dificultad (45).

Ya tenemos á César dueño de todas las provincias

(1) «Plátano amado de los dioses, dijo Marcial, no temas ni el fuego ni el hierro sacrilego. Tu duración y tu lozania serán eternas, porque es la mano de César la que te ha plantado.» Lib. IX, cap. 62.

de España que hasta entonces tomaron parte en nuestras lides. Apresuráronse las ciudades, no solo á reconocerle, sino tambien á honrarle. El espíritu de adulacion y de lisonja de los degenerados romanos habia ido contagiando á los españoles, y los pueblos fueron cambiando sus antiguos nombres por otros que expresáran algunas de las virtudes del vencedor. Nertóbriga tomó el de *Fama Julia*, Astigis el de *Claritas Julia*, Ilturgo se llamó *Forum Julium*, Eborá *Liberalitas Julia*, *Juliobriga* se llamó otra ciudad, otra *Colonia Cæsariana*, y así otras muchas, levantándole al propio tiempo estátuas y altares, é inscribiendo sus alabanzas en mármoles y en brönces.

César por su parte recibia en Cartagena, á guisa de monarca, diputados de casi todas las provincias españolas. Su objeto ostensible en la reunion de esta especie de asamblea era tratar de dar al pais un gobierno y una organizacion civil y política. Pero otro pensamiento le preocupaba además. César no se olvidaba de sí mismo. Recordando á los diputados los beneficios que habia dispensado al pais, reconvínoles por su ingratitud y falta de reconocimiento. Ya suponía que estas palabras no serian perdidas para su fortuna particular. Necesitaba afianzar con el oro la gloria y conquistas hechas con el acero, y bien sabia ya por esperiencia cómo se ganaban los sufragios de los comicios en el venal pueblo romano. Los diputados españoles comprendieron las indicaciones de Cé-

sar, y para desvanecer su desfavorable juicio le colmaron de dones y de tributos. Recogíalos César, pero no le bastaban. Bajo diversos pretextos de utilidad pública impuso á los pueblos crecidas contribuciones, de las cuales no poco refluía en sus arcas privadas. Por último, incurriendo en la propia flaqueza que él habia castigado en Varron recogió aquellos tesoros del templo de Hércules de Cádiz que años antes habia hecho él restituir á otro. Así César terminaba su carrera en España del mismo modo que la habia comenzado: por una parte con actos de crueldad, por otra dotando al pais de algunas leyes útiles y sábias, y por otra acrecentando su fortuna y sacando de él riquezas inmensas. Sus beneficios fueron con largueza remunerados.

Al fin, dejando el gobierno de la España Citerior y de la Galiá Narbonense á Lépido, y el de la Ulterior á Asinio Polion, que se dedicó á destruir las partidas de salteadores que de resultas de la guerra habian quedado, volvió César á Roma, donde le esperaban mas lisonjas y adulaciones que en España.

Todo les parecia poco en Roma para honrar al vencedor de Munda. Hiciéronse públicos festejos, en que el pueblo se entregó á la mas loca alegría. Permittedsele llevar siempre una corona de laurel, y asistir á las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo *Dictador perpétuo*, se le dió el nombre de *Imperator*, y el título de *Padre de la patria*. Erigiéronle una está-

tua con la inscripción: *A César semi-dios*, y la colocaron en el Capitolio frente á la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de *Júpiter Julio*, y tuvo altares, templos y sacerdotes. El dictado de *Rey* era odioso para los romanos: no obstante, Marco Antonio por un refinamiento de adulacion le presentó un dia una diadema: rehusóla César, y el pueblo prorumpió en aplausos estrepitosos. César era entonces el ídolo de Roma, que seducida por sus hazañas, con el mismo entusiasmo con que antes habia defendido su libertad se entregaba á la voluntad omnipotente de un hombre solo, cuyo primer siervo era el senado.

César, tan gran político como guerrero insigne, viendo consolidado su imperio, dedicóse á reformar la administracion y las leyes. Cuéntase entre sus grandes reformas la famosa del Calendario, que entonces mereció la burla de Ciceron, y despues las alabanzas de la posteridad. Aunque entre los títulos con que se le habia condecorado se contaba el de *Emperador*, y en realidad obraba como tal, y puede considerársele como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo gozó de tanta autoridad y de tan desusados honores; pronto se formó contra él una conspiracion, en que entraban unos por odio á la tiranía, otros por personales resentimientos: de estos era Cayo Casio, alma y autor de la conjuracion; de los prime-

ros Junio Bruto, escritor instruido, que habia abrazado la doctrina de los estóicos, á quien César habia colmado de mercedes y hasta solia llamarle su hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban, pero no quiso creerlos. Lleno de confianza entró un dia en el senado: vióse al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él lo cosieron á puñaladas. Como entre ellos viese á Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza. «*Y tú tambien, hijo mio!*» esclamó; y cayó á los pies de la estatua de Pompeyo (44). Asi pereció á los cincuenta y seis años de edad aquel hombre extraordinario, de quien se dice que habia ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades: gran orador, político profundo, y escritor distinguido (1).

Mientras esto pasaba en Roma, en España renacia el mal apagado fuego de la guerra civil que la presencia de César habia contenido. Sexto Pompeyo á quien dejamos refugiado en la Celtiberia, comenzó á moverse de nuevo allá por la Lusitania, ayudado por dos príncipes africanos, que el Africa se mezclaba entonces frecuentemente en las cuestiones de España, y por muchos indígenas, que ó bien por un resto de aficion á los Pompeyos, ó bien por el instinto de independencia propia de aquellas poblaciones, se agregaron á la nueva bandera. Habiendo acudido Po-

(1) Suetonio y Plutarco en la *vida de César*.—Eutrop. Brev. re- rum roman.—Dion Cassio, Floro, Velejo Patérculo, y otros.

lioni á sofocar este alzamiento, derrotóle Pompeyo con pérdida de la mitad de sus tropas, y el ejército pompeyano quedó en actitud de recorrer libremente toda la España central desde la Lacetania hasta la Bética.

Llegaron estas nuevas á Roma cuando César acababa de caer bajo el puñal asesino. La situación era grave; privado el senado de aquel brazo poderoso, quiso atajar pronto el fuego nuevamente encendido en España, y dispuesto á transigir antes que esponerse otra vez á las eventualidades de una guerra, ofreció á Sexto Pompeyo el mando en jefe de toda la armada de la república á condición de que desistiera de la lucha emprendida. Aceptó Sexto con gusto la proposición, y licenciando su ejército partió para Italia á posesionarse de su nuevo cargo.

Así terminó la famosa guerra civil romano-hispana entre César y los Pompeyos, casi abierta todavía la tumba de César.

CAPITULO VII.

AUGUSTO. GUERRA CANTABRICA.

Desde 44 antes de J. C. hasta 19.

segundo triumvirato romano.—Octavio triumviro.—Venga la muerte de César.—Sucesivamente se deshace de Lépido y de Marco Antonio.—Octavio emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpétuo; gran pontífice, *Augusto*.—Sucesos de España.—Octavio la hace tributaria del imperio.—ERA ESPAÑOLA.—Nueva división de provincias.—Guerra cantábrica.—Viene Augusto en persona á combatir á los cántabros.—Bravura de estos y su sistema de guerra.—Mortificación de Augusto.—Se retira á Tarragona.—Los cántabros sitiados en el monte Medulio.—Rasgos de ruda heroicidad.—Los astures.—Sitio y rendición de Lancía.—Augusto vuelve á Roma y cierra el templo de Jano.—Segunda guerra cantábrica.—Agripa.—Sumisión de los cántabros.—España provincia del imperio.—Paz octaviana.

Después de la muerte de César, formóse en Roma el segundo triumvirato (43), compuesto de Marco Antonio, Lépido, y Octavio ú Octaviano, sobrino de César, á quien éste había nombrado su heredero; jóven de diez y nueve años, que había estado algun tiempo al lado de su tío en las guerras de España, y de quien nadie sospechaba entonces que pudiera ser el futuro gobernador del mundo. Repartiéronse entre sí éstos triumviros, las provincias al modo que lo habían he-